

nador, sirva el capítulo final, orientado hacia los cuatro puntos cardinales, donde se medita con provecho sobre la influencia del Nuevo Mundo en el Viejo.

El señor Borges, *Epifanía Uveda de Robledo y Alejandro Vaccaro*, Edhasa, Barcelona, 2004, 164 pp.

Nadie, a excepción de la madre, conoció a Borges como lo conoció Fanny, su sirvienta a lo largo de tantos años. Una nítida constancia que Alejandro Vaccaro acepta para darle nuevas vueltas a la biografía borgeana. A decir verdad, quizá este trabajo no sirva para descubrir la verdad del escritor —el plenilunio: su expresión definitiva, carente de una sola fisura—, pero resulta esencial para averiguar lo que éste significa, sin desmayo, en la memoria de su mucama. De eso a reinventar, a perderse en pormenores que den nuevo sentido al recuerdo, media un breve salto. Bastaría un guiño para enturbiar la fotografía.

Por supuesto, no hay mitología —punto de referencia canónico— en el repaso provisorio que acá nos proponen. El decir de la entrevistada carece de este tipo de ambiciones. Aún más: una vez superada la línea de sus ochenta

años, esta correntina ni siquiera parece haber asimilado que ejerció como fiel servidora de una celebridad poderosa. Su Borges no habita en la literatura, lo cual le diferencia de todos los Borges asequibles, sometidos a la ley o el desmontaje de cada lector. Y esto, por sólidas razones, no es suposición (Me remito a Vaccaro, para quien lo dicho no tiene vuelta de hoja: Fanny asegura no haber leído nunca una página del escritor).

Que nadie espere de ella chismes de comadre. Empleada a mediados de los cincuenta para atender a doña Leonor y a su hijo Jorge Luis, esta mujer acompañó a los Borges hasta que dos hechos enfriaron el vínculo: la muerte de la señora, y sobre todo, el último episodio sentimental del escritor. A Vaccaro, acostumbrado a trabajar con expedientes literarios, este filón de evocaciones le resulta extremadamente valioso. De ahí que ordene el material por temas, adueñándose, con simpatía, de su testigo. Salta a la vista que las anécdotas aparecen revueltas con enigmas que al estudioso le importa mucho desentrañar.

A este fondo periodístico se superponen los modos de la doctrina literaria, de suerte que podemos releer a Borges asumiendo alguno de los rasgos que Fanny menciona. Desciframiento induci-

do y síntoma histórico: un exceso interpretativo, sin duda, pero también atrayente, sugeridor de visiones que transforman a la criatura humana en personaje.

Por ejemplo, según corresponde a un mundo libresco cuyo paradigma es la biblioteca, el poeta no sale de este confin y deposita sus ganancias en volúmenes que tantea a ciegas. «El señor Borges —dice Fanny— tenía por costumbre guardar el dinero entre las páginas de los libros. Cada vez que necesitaba me pedía y yo se lo daba. Otras veces él mismo lo sacaba, ya que reconocía el lugar donde estaban los libros».

Ejemplo de bipolaridad: Borges se enfrenta a su reflejo mientras contrae matrimonio con Elsa Astete. «El señor tuvo una participación secundaria en las decisiones, salvo para temas muy puntuales, y por momentos mi sensación era que él sentía que ese casamiento le era ajeno, como si quien se casara fuera otra persona». Y al final, como quien desea sacudirse los fantasmas y evitar la protección del encierro, una extraña huida, difícil de explicar sin que el tono de voz se altere: «Cuando el señor Borges se fue a Ginebra, nadie sabía, desde luego, que no iba a volver más».

El punto de vista adoptado por Fanny es el del asombro y la melancolía, que son facetas complementarias de un mismo sentimiento. De otro lado, en contraste

con su previo alegato a favor de doña Leonor, pone un interés personal en el reproche que dirige hacia María Kodama: «alguien que no quería que [Borges] volviera con los suyos».

Este argumento no puede ser rebatido más que por el movimiento de los astros: a través de conjeturas y de incidentes que otorguen fuerza y agilidad a aquéllas. Así conducido, el razonamiento puede presentar a Kodama como el agente de esta separación, como una instigadora de cambios indeseables. Claro que, con la misma soltura, podemos imaginar a un Borges que recorre esa distancia por voluntad personal, apoyado en su compañera y recostándose en el parapeto. Se nos cuele así una duda que Fanny resuelve sin titubeos: «De una sola cosa estoy segura —insiste—: el señor Borges no se quería ir, sólo que no tenía las fuerzas suficientes para oponerse a quien se lo llevaba».

Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses, Eduardo Romano, Catálogos, El Calafate Editores, Buenos Aires, 2004, 446 pp.

Cuando se considera a un medio masivo inmerso en su con-

texto (percibido en la escena política, social y cultural), se dibujan distintas vías de aproximación. En su formidable pesquisa, Eduardo Romano encuadra el discurso que le interesa analizar en lo *verboicónico* (sic Román Gubern). Dentro del lapso que abarca las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX, el analista rememora a una audiencia rioplatense favorecida por la situación política —la Constitución de 1853 se aprueba en Argentina y la de 1833 vuelve a funcionar en el Uruguay— y asimismo beneficiada por nuevas posibilidades de ascenso social. Dentro de esta esfera, el análisis avanza a partir de la descripción comprensiva e interpretativa de esas composiciones que interpelan al lector desde el campo editorial: portadas, publicidades, ilustraciones y reproducciones pictóricas.

Observados en las publicaciones periódicas del momento, dichos ingredientes cobran nuevos significados. Fotografías, dibujos y caricaturas, distribuidos en un buen ejercicio discursivo, sobrepasaron la función decorativa para adquirir un cargo significativo. De otra parte, la capacitación técnica que se exigía a los creadores de tales productos sirvió para impulsar al sector periodístico, inscrito desde entonces en el campo complementario de la

fotografía y la escritura. Con razón indica el autor que, en dicho contexto, se forjó la utopía de un gremio que confiaba en satisfacer las expectativas de su público y también las de los artistas que, con diverso afán, pretendían comunicarse con aquél.

En su tanteo de las publicaciones ilustradas, Romano organiza la tesis de acuerdo con lo recomendado por Roger Chartier, y a partir de ese esquema, considera tres dispositivos en el consumo letrado: la puesta en texto, el soporte material que lo da a leer y su recepción. Con mayor libertad de impulso, utiliza la semiótica como instrumento explicativo para situarse ante los medios gráficos, procurando que ninguna suposición caiga en el dogmatismo. Al fin y al cabo, el autor es un contemporáneo que se dirige a otros contemporáneos para recomponer una experiencia que cumple un siglo. O si se prefiere: un contemplador, cargado de gustos y predilecciones, que determina un nódulo histórico —un límite previsto— en el que sólo puede participar desde la alteridad y desde el reflejo. La suya es, por consiguiente, una dinámica de replanteamiento, flexible por la naturaleza misma de las perspectivas que ha de admitir.

La lectura comparativa de dos vespertinos porteños de aquel

periodo, *Crítica* y *La Razón*, le sirve para calibrar, en los órdenes retórico, estilístico y temático, la importancia otorgada por cada cabecera a la fotografía. Por supuesto, este sondeo llega mucho más lejos cuando atiende a las revistas ilustradas populares. Dos de ellas, *Caras y Caretas*, de Buenos Aires, y *Rojo y Blanco*, de Montevideo, permiten al ensayista reflexionar—con enorme provecho, por cierto—sobre las principales modificaciones tecnológicas que movilizaron el sector editorial y sobre los intelectuales dispuestos a secundarlas. De aquí el desempeño multidisciplinar de su ensayo, y la justificación más simple de su valor en este margen del temario que empieza y termina con la misma redundancia: la vertiginosa retahíla de lenguajes que caracterizó a la prensa a fines del XIX.

Perón. Luz y sombras 1893-1946. Los colores del cielo, Joan Benavent, *Letras e Imagos, Barcelona, 2004, 576, pp.*

El barcelonés Benavent, con su habitual minuciosidad, consagra a Perón este volumen insistente y exhaustivo, en el que puede dedicarse a lo que la tradición señala como prerrogativa de los testigos:

convertir el asunto en tema personal, arrebatándoselo a peritos y académicos. Al cabo, la senda de este estudio queda previamente roturada por la biografía de su firmante. Obrero y activista sindical en fábricas textiles y metalúrgicas de Buenos Aires, nuestro escritor recorrió una pasarela industrial donde aún se citaban, desdibujados en la ambigüedad de la memoria, episodios del primer ciclo peronista. Es ésta una lección de mitología que algunos ignoran o fingen ignorar, y que al catalán le sirve para colorear su trabajo.

¿Dónde hay otro historiador capaz de remontarse a esas alturas? No le bastarán los testimonios, porque éstos no suelen discriminar (de oficio) entre hojas notariales y coplas de cordel. Aplíquese la reflexión a esta obra, y comprenderá el lector su mayor mérito: Benavent, iniciado a los misterios de la historiografía moderna —juego conciliador de pruebas, confesiones y testimonios—, también demuestra que la más rigurosa documentación admite, en su puesta por escrito, la suma de opiniones algo retadoras, novelarías diseñadas ex profeso, pliegos de descargo y rumores que suben con ímpetu a la superficie. Desde este chiquero, cierta dosis de ficción sale a mezclarse, sin reticencias, con el dato punti-